







EL BARCO  
DE VAPOR

# El misterio del sótano

Jorge Eslava

Ilustraciones de Felipe Morey





**fundación sm**

**La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.**

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en [www.fundacion-sm.org](http://www.fundacion-sm.org)

*El misterio del sótano*

Primera edición digital: octubre de 2020

Coordinación editorial: Rubén Silva

Corrección de estilo: Anna Maria Lauro

Jefa de arte: Laura Escobedo

Diagramación: Ana Maria Lauro

Ilustraciones: Felipe Morey

© del texto: Jorge Eslava, 2020

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C.

Micaela Bastidas 195, San Isidro. Lima, Perú

Teléfono: (51 1) 614 8900

[contacto@sm.com.pe](mailto:contacto@sm.com.pe)

[www.sm.com.pe](http://www.sm.com.pe)

[www.leotodo.com.pe](http://www.leotodo.com.pe)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

*Para los niños solitarios,  
como tú o como yo,  
que descubren estar acompañados.*



## ● INTRODUCCIÓN

### UNOS TRISTES FANTASMAS

DESPUNTABA EL AMANECER, cuando Luciano dio unos pasos sin dejar de mirar atrás. Caminó despacio, como quien no quiere apartarse. Tenía un brazo levantado haciendo adiós y la sonrisa congelada en el rostro; aunque partía silencioso, llevaba un montón de palabras hirviendo en su garganta. Las sentía burbujear y deslizarse por su cuello, quemándole hasta las tripas.

Ciertamente se alejaba entristecido, sabía que estaba dejando a sus espaldas a unos personajes que jamás olvidaría. «Tal vez no vuelva a verlos nunca», pensó sin proponérselo; y ese fulminante sentimiento lo apenó más.

Había pasado un tiempo sin relojes al lado de una tropa de marineros, por debajo del mundo de arriba, perdido en unos laberintos subterráneos que solo tenía escaleras para bajar y pen-

dientes que descendían al abismo. ¿Cómo había caído en este pozo profundo y sin salida?

Hizo un puño con la mano que tenía abajo y sintió clavarse sus uñas en la palma. Apretó muy fuerte y tuvo la certeza de que no soñaba, entonces le dio rabia no saber si estaba haciendo bien en abandonar ese lugar tan hondo. «Y si después me arrepiento..., ¿qué hago?», se preguntó atemorizado.

Porque no solo había pasado la mejor temporada de su vida, agitado por momentos terriblemente emocionantes, sino que había tenido la buena suerte de conocer a unos bárbaros navegantes de parche en el ojo, que despedirse de ellos sin navegar ni correr mil aventuras a su lado, cuando nadie se encuentra con viejos piratas en pleno siglo XXI, podía ser la peor equivocación que cometiera en su vida.

Eso le produjo un brutal escalofrío, porque si bien era un niño de solo nueve años, de pronto empezaba a sentirse mucho mayor. Como si hubiera estado extraviado no una o dos semanas, sino un largo tiempo. ¿Cuánto?, no lo podía determinar, pero ahora entendía mejor que lejos de ahí, en el mundo adonde se dirigía sin muchas ganas, todas las cosas que pasaban estaban llenas



de tristeza e incomprensión. Bajó la mirada y vio a su gato fiel.

—Después de todo..., quizás ni me esperen —le dijo resignado.

Soñador soltó un maullido como respondiendo.

Recordó a sus padres y abuelos malhumorados, la enorme casona familiar donde vivía y a los dos eternos empleados, tan apáticos y humildes; también a los pocos amigos del colegio que jamás visitaba... y era como si los viera en una danza de sombras entre la niebla. Siluetas sin rostro deslizándose a su lado sin tocarlo. Solo contornos oscuros, como unos tristes fantasmas.

Pero por qué venían ahora estas imágenes pasadas, si llevaba una cadena de días y noches palpitantes y recorriendo impaciente los más diversos paisajes. Se sentía tan dichoso o algo parecido, sin embargo, le punzó una curiosidad: cómo demonios había dejado el mundo de arriba. Hizo un esfuerzo y escuchó su propia voz:

«Sí, fueron los ruidos, los ruidos... los ruidos extraños que venía de abajo y no me dejaban dormir. Pero ellos solo me llevaron a bajar al sótano de mi casa y, cuando quise salir, no pude encontrar la puerta hasta el día de hoy. ¿Era una



puerta? No, era simplemente una tarima de tablas viejas, con una antigua empuñadura de fierro».

Luciano volvió a dudar. Sacudió la cabeza para espantar sus malos pensamientos y preguntó en voz baja:

— ¿Tú crees que esto es la realidad?

Soñador ronroneó y se frotó en su pierna.

Luciano levantó la mirada y entrecerró los ojos para observar mejor el horizonte. Era curioso, parecía que algo hubiera alejado a los piratas, aunque todavía podía distinguirlos al borde de las rocas. Ahí estaban esos hombres y mujeres de pellejo tostado por el sol y cara dura como madera tallada a machetazos. Cubiertos con un traje de harapos y el cinturón rebosante de puñales cortos y pistolones con empuñadura de bronce.

Aún agitaban sus brazos y gritaban a voz en cuello, pero ya no entendía sus bramidos. Comprobó que en verdad tenían una apariencia feroz y temible, aunque sabía que en el fondo eran gente de buen corazón. ¿Acaso no lo habían valorado como nadie lo había hecho antes? ¿No habían escuchado cada una de sus opiniones e incluso lo habían aclamado como cabecilla de la tropa?

Su gato arqueó el lomo y alzó la cola.

—Ey, amigo —exclamó Luciano con una sonrisa—, tú has estado conmigo. No vas a negarlo, ¿no?

# ● CAPÍTULO I

## LABERINTO DE CUEVAS

CUANDO LUCIANO LEVANTÓ LA VISTA, los personajes rudos y aventureros habían desaparecido del horizonte. No solo ellos, sino también el brillo del alba. Ahora había caído una oscura noche en el paisaje y él comprendió que probablemente había transcurrido un día completo en los pocos instantes que llevaba de pie en ese sitio.

Hasta hacía un momento le pareció estar en una playa desierta, por las piedras y roquedales que había recorrido con tanto coraje, al lado de los indomables piratas, antes de despedirse de ellos como grandes amigos. El inmenso manto de arena que resplandecía en cada escondrijo del camino, se había hundido de pronto en una penumbra de caverna.

Se quedó paralizado, sin saber qué hacer. Sintió que no podía pensar en nada y que sus ojos

apenas lo ayudaban, porque en esa cerrada oscuridad no podía ver más allá de sus propias manos. Se concentró cuanto pudo y solo percibió el ronquido agitado de su pecho. Contuvo la respiración unos segundos y sus oídos tampoco parecían servirle de mucho, porque ya no escuchaba el rumor del agua cuando arrastraba las piedras de la orilla.

—Todo esto es muy extraño —le murmuró a su gato, mientras sacaba con esfuerzo una de sus zapatillas del fango—. Ya no estamos en el lugar ni en el tiempo en que estábamos.

Ahora el piso había perdido la solidez de antes y había adquirido una consistencia lodosa, resbaladiza y fofa. Y sobre su cabeza parecía curvarse un techo opaco e impenetrable.

Soñador lo miró fijamente con esas dos candelas amarillas que tenía a cada lado del hocico y Luciano vio entonces, en el centro de esas pupilas incandescentes, pasar su vida como una película proyectada a toda velocidad. Desde que era un niño feliz hasta sus años recientes; sobre todo, desde la época que jugaba alegremente con su padre hasta la indiferencia y el desaliento que sufría últimamente.

¿Qué había pasado en su vida? ¿Dónde y por qué había nacido ese malestar de sentirse ignorado por su familia? ¿Acaso no era posible superarlo? Si bien eran demasiadas preguntas para el momento que estaba pasando, él comprendió que valía la pena luchar para salir de ese tormento...; que, aunque le hubieran tocado esos padres insensibles y esos abuelos malgeniados, en cada uno de ellos latía la misma sangre que la suya.

«Me guste o no es mi propia familia», se dijo y resolvió no pensar más. Intentó dar el primer paso para volver al mundo de arriba, pero no tenía la menor idea de cómo encontrar el camino de regreso.

Soñador maulló de forma quejosa.

—Sí, amigo —respondió Luciano—. Vamos a extrañarlos.

Volvió a maullar, esta vez fueron como dos o tres frases.

—También lo sé, amigo —dijo Luciano—. Abandonar a los piratas podría ser el peor error de mi vida, aunque también debes reconocer que ir con ellos es una verdadera locura.

Soñador pareció estar de acuerdo, porque sin más empezó a andar hacia la zona más oscura de

la gruta. Luciano lo siguió y procuró mantenerse lo más cerca de los pasos que daba su gato, pues para él era imposible distinguir más allá de cada huella. Por eso caminaba aterrado en esos corredores húmedos de paredes rocosas. Sin embargo, iba confiado en los ojos poderosos de su gato.

Había recordado que tenían una membrana que es una especie de superespejo, donde se refleja la luz y que por eso le brillan los ojos... le bastó esa distracción de dos segundos para que perdiera a su gato. ¿Dónde se había metido?

—¡Soñador! —gritó asustado—. ¡Soñador!

Y la caverna solo le devolvió el eco de su voz.

Luciano insistió con sus llamadas, una y otra vez. Caminó con prudencia a un lado y a otro. Cuatro o cinco pasos, no más y volvía a su punto de partida. No quería extraviarse más, tenía la esperanza de que Soñador volvería en algún momento. Lo conocía bien, así era en su casa: le gustaba alejarse, explorar por los techos del vecindario y, por la noche, calladito entraba a su habitación y se acomodaba a sus pies.

Ajustó los ojos y no vio más que un manto negro a su alrededor. Sintió una presencia, como si estuviera vigilado por alguien. Agitó los brazos y no traspasó sino el aire. Giró hacia atrás con vio-





lencia, porque podría haber jurado que alguien respiraba detrás de él.

—¡Salga! —gritó—. ¡¿Quién está ahí?!

Entonces un chillido rompió la rara quietud del entorno y algo parecido a un pájaro, de enormes alas siniestras, cruzó ante él y ennegreció totalmente su visión. Luego surgió otro chillido que, acompañado de la misma sensación, atravesó también su mirada; enseguida otro y otro aullido, cada vez más amenazante, rozaron con sus alas la cabeza y los brazos de Luciano.

Él se dejó caer al piso y se recogió en un rincón como un fardo funerario, inmóvil y silencioso, sin oponer ninguna resistencia a eso que parecía ser una advertencia de sabe dios qué criaturas aladas del submundo.



